

FAMILIA MARISTA

Dep. Legal:
M. 1.434 - 1983
Con Licencia Eclesiástica
PRIMAVERA 2019
N.º 138

PADRES MARISTAS (SOCIEDAD DE MARÍA) | OLIVOS, 10 | 28003 MADRID
familiarmaristaesp@gmail.com | TELÉFONO 645 50 77 20



**¡HASTA
LOS CONFINES
DEL MUNDO!**



Queridos lectores de Familia Marista: Tenéis en vuestras manos un “número extraordinario sobre las misiones maristas en Oceanía”. ¿Por qué? Muy sencillo: el papa Francisco ha hecho una llamada a toda la Iglesia para celebrar el próximo mes de octubre como **“mes extraordinario de las misiones”**. Y Familia Marista ha pensado que era oportuno dedicar todo el año a esta causa comenzando por la epopeya de la evangelización de Oceanía, llevada a cabo por los primeros Maristas: Padres, Hermanos, Hermanas y Hermanas Misioneras Maristas. El documento de aprobación de la Sociedad de María por el papa Gregorio XVI comienza con las palabras: **“La salvación de todos los pueblos es la tarea encargada por Jesucristo a toda la Iglesia”** y un poco más adelante: **“nos alegra que los Maristas hayan aceptado llevar el Evangelio a las Islas Australes”** ... Sí, la Misión en Oceanía fue una obra grandiosa que colmó de alegría a los misioneros; pero también estuvo llena de penalidades y sufrimientos; muchos pagaron pronto con su vida, ya fuera de manera violenta o por enfermedades y penurias. Pero los Maristas eran hombres y mujeres de fe, llenos de energía y de entusiasmo, dispuestos a sufrir las mayores

calamidades, incluido el martirio, como habían prometido cuando hicieron la consagración a Dios y a María en Fourvière. ¿Orgullosos de ser los mejores? Ni mucho menos; como dice Jesús en el evangelio: no hemos sido más que unos servidores normales: hemos hecho lo que teníamos que hacer.

Eso es precisamente lo importante: hacer lo que hay que hacer, lo que el Señor nos ha confiado: llevar el evangelio hasta los confines de la tierra. ¡Hay que despertar! Nuestra Iglesia, la europea especialmente, se ha dormido en los laureles y vegeta sin dinamismo y energía. ¡Jóvenes! ¿No os dais cuenta de que el Señor cuenta con vosotros para llevar su mensaje de amor y de perdón a todos sus hijos del mundo? ¿No veis los campos inmensos de mieses en Japón, China, India, África y también Europa que esperan a los obreros de Dios? Un viejecito dijo a los primeros misioneros que llegaron a su tierra: ¡Muchas gracias por habernos traído la buena noticia de Dios, que nos ama y nos perdona! Pero ¿por qué no vinieron antes a nuestro país? Mis abuelos, bisabuelos y antepasados hubieran estado tan contentos como yo al experimentar el amor de Dios.



Barca con balancín, propia de Oceanía.

La misión marista en Uvea (Wallis)

El 1 de noviembre de 1837 llegaron a las costas de Wallis (llamada entonces Uvea) los primeros Maristas. Mons. Pompallier, responsable del grupo de los misioneros, con el permiso del rey Tungahala, dejó allí al P. Pedro Bataillon y al Hno. José. La tarea misionera fue difícil, pues los protestantes de Tonga habían hablado mal a los isleños de los misioneros católicos. Así que tuvieron que ganarse a pulso su confianza. El P. Bataillon aprendió fácilmente la lengua de los nativos y en 1840 ya contaban con un millar de catecúmenos. En 1841 el obispo Pompallier hizo una visita a Wallis y bautizó a dos mil quinientos nativos. En 1843 P. Bataillon fue nombrado Vicario Apostólico de Oceanía Central; fue consagrado obispo por Mons. Douarre, también obispo marista que viajó a Wallis expresamente para el evento. Mons. Bataillon mandó los primeros misioneros a Samoa, viajó de manera incansable visitando sus territorios de misión y animando a los misioneros; fundó un seminario para preparar sacerdotes nativos; viajó a Europa para hacer la visita al Papa y despachar sobre los asuntos de Oceanía, testificando sobre el martirio del P. Chanel. Una sombra en su excelente hoja de servicios fueron las reticencias frente a Francisca Perroton, la mujer que se atrevió a ir sola a las misiones de Oceanía y recaló precisamente en Wallis. Pedro Bataillon murió el 11 de abril de 1877, después de una larga vida de entrega a la misión.

Misión en Futuna

En Futuna, una isla mucho más pequeña que Wallis, Mons. Pompallier dejó al P. Pedro Chanel y al Hno Nizier; fueron acogidos y protegidos por el rey Niuliki. Pedro, llamado “Petelo” por



Martirio de San Pedro Chanel.

los nativos, supo ganarse pronto su confianza; tuvo muchas dificultades para aprender la lengua y, por ello, tardó en tener un grupo de catecúmenos; pero hablaba con su vida de entrega a todos, con su generosidad, con sus intentos una y otra vez, de que hubiera paz entre los dos reinos enemigos de Futuna. La gente empezó a llamarle con el apodo cariñoso de “*hombre de buen corazón*”. Cuando Niuliki y sus consejeros se dieron cuenta de que perdían su prestigio y que la religión tradicional quedaba en entredicho ante la predicación del misionero, decidieron suprimirlo; el rey pensó en obligarle a marchar de Futuna, pero los consejeros optaron por darle muerte. Esto sucedió el 28 de abril de 1841, tres años y medio después de su llegada a la isla. El P. Chanel fue beatificado por el papa León XIII en 1889. Y canonizado por Pío XII en 1954. Sus restos mortales, que fueron primeramente trasladados a Francia y a Roma, fueron devueltos a Futuna ante la petición unánime de los católicos de Futuna y de toda Oceanía. San Pedro Chanel es su patrón y tenían el derecho de guardar y venerar sus reliquias.

La hora del perdón

P. Mateo Pozo, sm



Basílica de San Pedro Chanel en Futuna.

(La acción se sitúa unos meses después del martirio de Pedro Chanel. Meitala, el hijo del rey Niuliki, ya ha sido bautizado y Mussumussu, el jefe del grupo que asesinó a Pedro Chanel pasa ahora por una profunda crisis religiosa que le va a llevar a la conversión y al bautismo. Escogemos los últimos momentos de este drama.)

Meitala: ¡Mussumussu!

Mussumussu: ¡No te acerques! Tú me recuerdas al blanco y su figura es mi tormento.

Meitala: ¡Pero también ahora puede ser tu salvación!

Mussumussu: Los extranjeros vendrán por mí y se vengarán cruelmente. Yo no puedo vivir en este lugar...Huiré a la isla de Wallis.

Meitala: No tengas miedo. Yo también te he perdonado. Y los que vienen de la patria de Petelo son sacerdotes que llegan en son de paz a continuar el trabajo que comenzó el hombre de buen corazón...

Mussumussu: ¡No puedes! ¡Te he hecho mucho daño! ¡He sido tu enemigo!

Meitala: Sí puedo, y quiero darte un abrazo grande como señal de perdón... Olvida tus miedos a los dioses de la isla, que no tienen existencia más allá de nuestras cabezas. Ellos carecen de poder. Y el Dios nuestro

está lleno de amor. La religión cristiana ya no desaparecerá de nuestra isla...Ven conmigo a saludar a los nuevos misioneros y ellos te dirán lo que debes hacer.

Mussumussu: Tienes razón, Meitala. Reconozco que Petelo era un hombre de buen corazón. La ambición y la ignorancia me empujaron al crimen.

Cronista: *Van pasando los meses y el ambiente gozoso crece en Futuna. Comentan cómo el bautismo ha cambiado sus vidas. En abril de 1848, cuatro años después de la muerte de Pedro Chanel, Mussumussu regresa de Wallis totalmente convertido. Poco después, cayó enfermo de un mal semejante al de Niuliki, pero acogió su situación con gran sentido cristiano. Y cuando la muerte se acercaba, pidió ser llevado al sitio donde él había herido mortalmente al sacerdote... Y allí se sintió un hombre nuevo.*

Mussumussu: ¡Aquí quiero morir! ¡Muero en el amor de Dios y de aquí ya no me iré más que para partir a mi verdadera patria!

Meitala: Son muy fuertes tus dolores...

Mussumussu: Sí, pero no me espantan... Más tuvo que soportar nuestro amigo Petelo a imitación de Cristo en la cruz. Meitala, te estoy muy agradecido, todavía escucho tus palabras cuando me decías: Más que nadie en la isla, necesitas el perdón... (En ese momento uno de los misioneros que continuaba la tarea de Petelo se acerca a ellos).

Misionero: Dios os bendiga, hermanos...

Mussumussu: Sí, hoy es un día de bendición; siento que será mi último día entre vosotros. Morir en este lugar es como recibir un abrazo de quien dijo: "Morir es un bien para mí".

Cronista: *Y en el mismo lugar donde murió mártir Pedro Chanel, entregó también su vida quien fue el instrumento de su martirio. La tumba de Petelo es como un rosal; todo el tiempo está produciendo nuevas flores. ¡Cada conversión es como el beso del mártir a la isla de sus amores!*

Aotearoa (Nueva Zelanda) la buena tierra que acoge el Evangelio

Nueva Zelanda —Aotearoa en maorí, que significa la “tierra de la gran nube blanca”— se encuentra al suroeste del océano Pacífico; está formada por dos islas mayores: la del Norte y la del Sur, además de otras muchísimas islas pequeñas. Este país está situado a casi dos mil km al sureste de Australia. A principios del s. XIX los habitantes de Nueva Zelanda eran los maoríes; hoy día la mayoría de la población es de origen europeo; los Maoríes son la minoría más numerosa, junto con los asiáticos y los polinesios. La capital es Wellington, situada en la isla del Norte.

Los Maoríes eran gente de fina inteligencia y memoria prodigiosa que asimilaron fácilmente el evangelio y las artes y la industria que aportaron los misioneros y los colonos.

A la isla del Norte llegaron los primeros misioneros maristas en enero de 1838, después de haber dejado a otros compañeros en Wallis y en Futuna. Estos eran tres: Mons Pompallier, el P. Servant y el Hno Miguel. Estuvieron poco tiempo solos, pues al año si-



Mons. Juan Bautista
Pompallier.

guiente recibieron otros seis compañeros más, enviados por el P. Colin. Fueron acogidos primeramente por un colono irlandés, Patricio Poynton, que les atendió materialmente. Les habían precedido unos cinco mil europeos, casi todos de habla inglesa y protestantes (“herejes” les llamaban entonces, sin la sensibilidad que aportó el concilio Vaticano II con la apelación de “hermanos separados”). Tuvieron sus problemas de

convivencia, envidias y calumnias incluidas, pero pudieron predicar libremente el evangelio y pronto hubo numerosas conversiones. El obispo Pompallier, en una ceremonia solemne, consagró el país a la Virgen María, proclamándola Reina de Nueva Zelanda. Los misioneros recorrieron el país sin importarles el cansancio, la dificultad de los viajes o la falta de alimentos. En 1841 Mon. Pompallier anunciaba a la Propagación de la Fe: “*Más de 60 tribus han escuchado la Palabra evangélica; 45.000 indígenas se hallan inscritos en la lista de los catecúmenos, más de un millar de bautizados perseveran en la práctica de nuestra santa religión...*”.

El tratado de Waitangi

Este tratado fue firmado el 6 de febrero de 1840 entre los funcionarios de la Reina Victoria de Inglaterra y los jefes maoríes de la isla Norte de Aotearoa (Nueva Zelanda). El Tratado justificaba que los ingleses hicieran de Nueva Zelanda una colonia británica. Los maoríes, por su parte, entendían que conservaban la independencia y el dominio de sus tierras. De hecho, hoy se puede considerar como el acta fundacional de Nueva Zelanda como nación. Al comienzo de las conversaciones, varios jefes católicos pidieron al obispo Pompallier que participara en las sesiones y discusiones. Al principio el obispo respondió que no había venido para meterse en política; pero después reconsideró la cuestión y aceptó participar; gracias a él se consiguió el principio de la libertad religiosa y de conciencia para todos los ciudadanos del país: protestantes y católicos podían libremente expresar su fe.



Martirio en San Cristóbal (Islas Salomón)

Juan Bautista Epalle nació el 8 de marzo de 1808 en Marlihes (Francia), el pueblo de otro ilustre marista, San Marcelino Champagnat. Ordenado sacerdote en Lyon, pidió ingresar en la Sociedad de María en 1837, un año después de la primera expedición marista a Oceanía. Su deseo era entregar totalmente su vida al Señor predicando el Evangelio en aquel inmenso continente de



miles de islas. Llegó a nueva Zelanda el 14 de junio de 1839.

Cuatro años después regresó a Francia con el fin de informar a los Superiores de la situación de las misiones maristas. Temiendo que le retuvieran en Europa para que se restableciera de su maltrecha salud, dijo al P. Colin: *“Dios no permita que termine tan tristemente mi carrera misionera y me exponga a caer en*

el cuidado de mi salud, tan indigno de aquel que ha ofrecido su vida como apóstol. Le suplico me deje ir a morir en la brecha”.

Estando en Francia fue nombrado por la Santa Sede Vicario Apostólico de Melanesia y Micronesia, pero él quiso hacer, antes de ser consagrado obispo, el voto de estabilidad en la Sociedad de Maria; de esta manera, el hecho de ser obispo no rompía los lazos que le unían a la Congregación.

Regresó a Oceanía en 1844, pasando por Nueva Zelanda para despedirse de su antigua misión; después puso rumbo a las Islas Salomón para comenzar la evangelización de las islas que le habían sido encomendadas. La isla de Santa Isabel se mostraba desde el barco en toda su majestuosa grandeza. Después de hacer algunos desembarcos infructuosos en lugares no habitados, decidieron desembarcar en otro lugar donde veían grupos de nativos en la playa; unos marineros advirtieron a Monseñor y a los misioneros que los habitantes de esta isla tenían fama de ser guerreros muy feroces. Mons. Epalle respondió: *“Si están en guerra entre ellos, ya trataremos de que hagan las paces”.*

Así que el obispo, con otros cuatro maristas, tomó una chalupa y se fueron

acercando a la playa, descubriendo que los nativos eran numerosos y que estaban bien armados; ellos, por el contrario, y con el fin de inspirar confianza, iban completamente desarmados. Los isleños se mostraron interesados en los regalos que los misioneros les ofrecían, pero de pronto se repartieron en grupos y cayeron sobre los maristas. Epalle fue el primero en recibir un tremendo hachazo en la cabeza y derrumbarse por el suelo; los demás, después de recibir algunos golpes, consiguieron zafarse de los atacantes y regresar a toda prisa a la barca; desde la ballenera alguien disparó un arma de fuego que ahuyentó a los guerreros, los cuales dejaron tendido y malherido a

Monseñor. El P. Chaurain regresó entonces al sitio donde yacía ensangrentado el Obispo y le llevó hasta la playa; allí, ayudado por los otros compañeros, lo condujeron hasta el barco. El médico de la tripulación le examinó y descubrió tres profundas heridas en la cabeza. Son mortales, comentó lacónicamente. Dos días después Monseñor Epalle entregó su alma al Señor. El capitán del barco pidió venganza contra los isleños; pero los misioneros le dijeron: *“La venganza para otra vez; nuestra misión es predicar la paz, también con el ejemplo.”* Y fueron a establecerse a la costa oeste de la isla San Cristóbal, en la bahía de Makira.

“La venganza para otra vez; nuestra misión es predicar la paz, también con el ejemplo.”

Muerte entre los “Toros” (ISLAS SALOMÓN)



Los PP. Claudio María Jacquet, Juan María Paget y el hermano Jacinto Chatelet fueron asesinados por los Toros, una tribu muy belicosa de la isla de San Cristóbal, en el archipiélago de las Salomón. El P. Montrouzier da testimonio de los acontecimientos ocurridos al poco tiempo de la estancia en la isla. “Desde hacía algún tiempo nos habían hablado del poblado de Uango como de un lugar muy propicio para nuestra residencia, pues había gente, la tierra era fértil y había una buena ensenada como puerto. Los padres Paget y Jacquet se propusieron para ir a explorar aquel lugar; a ellos se añadió con entusiasmo el Hermano Jacinto. Salieron de Makira, llenos de ilusión y confianza, el 5 de abril, al amanecer. El camino más directo era atravesar la montaña por el territorio de los Toros; era un gran atajo, expuesto al peligro, pero los expedicionarios, pletóricos de juventud y de energía, no se imaginaron nunca el riesgo que corrían. Nosotros les acompañamos con nuestra oración... Hacia las 9 de la mañana un nativo de Ué pasó por delante de nuestra cabaña gritando lleno de espanto: “Maté, maté, maté...” palabra que expresa en todas las Islas Salomón una muerte violenta. Desgraciadamente, como yo supuse

enseguida, se trataba de la de nuestros hermanos exploradores.

¿Qué sucedió? Al pasar por el territorio de los Toros, fueron acogidos con fingida benevolencia; les acompañaron incluso con cantos y honores y, así, les condujeron a un lugar rocoso; las intenciones eran completamente contrarias a la aparente buena acogida. En un instante les rodearon para que no pudieran escapar y, dando un penetrante alarido, se abalanzaron sobre ellos. El P. Paget recibió una lanzada en el pecho, el P. Jacquet un hachazo en la cabeza y el Hno. Jacinto fue primeramente golpeado con una lanza y rematado también a hachazos. Después de esta carnicería, los asesinos se alejaron como espantados de su obra, dejando a sus víctimas palpitando en su propia sangre. Pero no tardaron en volver donde los sacrificados con los preparativos para un espantoso festín, al cual invitaron a sus amigos. Yo quería a toda costa recuperar los cadáveres de nuestros hermanos y prometí lo que podía tentar su codicia, pero todo fue en vano. Tuve que renunciar, pues, a ofrecerles unas dignas exequias a los que ya consideramos nuestros hermanos mártires. Me quedaba únicamente la esperanza de encontrarnos todos juntos un día en el cielo”.

Misión en Tikopia

Tikopia es una isla volcánica de las Islas Salomón, “descubiertas” por el navegante español Don Álvaro de Mendaña en 1568. Los primeros misioneros en llegar a esta isla fueron los padres maristas Gilberto Roudaire y los hermanos Juan Bautista y Miguel Anliard. El navío Arca de la Alianza llegó a las costas de Tikopia el 12 de diciembre de 1851. Los misioneros son bien acogidos y desembarcan todo el material que llevan consigo. El comandante del barco ofrece unos regalos a los jefes de la isla y declara “tabú” (intocables) a los misioneros. Los nativos parecen pacíficos y causan buena impresión. El Arca de la Alianza pone rumbo a China y desaparece en el horizonte dejando a los tres misioneros en Tikopia; seis meses después la goleta “Estrella de la mañana” navega desde Nueva Caledonia hacia Tikopia para ayudar a los misioneros; el barco no llegó a su destino y nadie volvió a verlo. A finales del año 1852, con la duda de que se había perdido, los Maristas fletan otro barco, a bordo del cual va el P. Montrouzier. Este misionero marista nos cuenta lo siguiente: “Entre los marineros de la tripulación había un tikopiano que nos fue muy útil durante la navegación; al acercarnos a la isla, varias piraguas vinieron a nuestro encuentro. Yo pregunté a los nativos. ¿Dónde están los misioneros? Y me respondieron que se habían marchado. Al desembarcar en la playa, acompañado por el marinero tikopiano, me dirigí al jefe de la isla; también él me respondió que se habían marchado. ¿Y por qué se marcharon? —Porque tenían fiebres. Y yo me lo creí. E imaginé que la “Estrella de la mañana” llegada a la isla y, encontrando a los padres enfermos, se los había llevado, naufragando después cuando navegaba hacia su base. Volví, pues, a bordo sin la mínima sos-



pecha de que los nativos se hubieran portado con ellos de manera violenta. La confianza con que habían venido a bordo, su comportamiento tranquilo y apacible y la total ausencia de objetos que pertenecieran a los misioneros hizo que su testimonio nos pareciera creíble. Un marino neozelandés que conocía la lengua nos explicó que los misioneros habían dejado la isla hacía dos meses. Y añadió que cuatro hombres, entre los cuales estaba el hijo de un jefe, los habían acompañado. Así, pues, todos habían desaparecido.

Más tarde, los tikopianos fueron convertidos al cristianismo por unos misioneros anglicanos. ¿Quedó ahí la historia? ¡Veamos! En el año 2001 el obispo Adrián Smith, marista, quiso conmemorar y celebrar la llegada de aquellos primeros misioneros maristas a Tikopia. Un nativo de la isla, provisto de un magnetofón, hizo varias entrevistas, recogiendo recuerdos que la gente tenía de aquellos primeros misioneros. Los miembros de la tribu del periodista se acordaban bien de los Maristas. Y contaron que fueron bien recibidos y algunos nativos aceptaron pronto la nueva religión, entre ellos dos muchachos hijos de jefes. Los misioneros quisieron enviarlos a Sidney para que se formaran allí y regresaran bien seguros de su fe para tomar el mando de la isla. Pero varios hermanos y



tios de los jefes no aceptaron este plan. Pensaron que los misioneros querían destruir el linaje de los jefes y atacar la religión tradicional. La muerte de los misioneros debió ocurrir cuando apareció el barco “Estrella de la mañana” frente a las costas de Tikopia. Los oponentes entendieron que el barco venía para llevarse a los jóvenes. Así que los misioneros fueron asesinados y enterrados en Kamali. Todavía este lugar era considerado tabú, rodeado de maleza y prohibido para

los niños. Una semana después de que Ken Tufunga hubiera descubierto la verdad, un violento huracán devastó la isla y el oleaje del mar destruyó el sitio de Kamali. Los misioneros maristas dieron su vida por Cristo de manera humilde y oculta. Ahora que la verdad ha salido a la luz es posible la reconciliación y el perdón.

(Extractos de un artículo del
P. Pascal Boidin SM).

Comienzos de la Misión EN NUEVA CALEDONIA

Nueva Caledonia se encuentra situada a 1.360 km. al N. de Nueva Zelanda. Los primeros misioneros maristas llegaron en diciembre de 1843; el día de Navidad tuvo lugar la celebración de la primera misa en Balade, presidida por Mons. Douarre. En 1845 sucedió la destrucción de la primera estación misionera, saldada también con la muerte del Hno. Blas Marmoiton. Los maristas abandonaron entonces Nueva Caledonia esperando mejor ocasión. Esta llegó en 1851: los Maristas, dirigidos por el intrépido Obispo Douarre, regresaron y se instalaron en Pueblo. Dos años después muere en Balade Mons. Douarre y se hace cargo de la misión el P. Rougeyron, hasta 1873. No aceptó el cargo de Vicario Apostólico, pero cumplió perfectamente con él hasta la llegada del obispo Mons. Vitte. En el año 1853 Francia tomó posesión de Nueva Caledonia. Aún hoy este país sigue siendo una provincia francesa de Ultramar.

El sacrificio del Hno. Blas Marmoiton

El Hno. Blas era natural de la Auvernia, en el Macizo Central de Francia. Nació el 16 de marzo de 1812; sus padres eran sencillos campesinos pero muy fervorosos cristianos. Blas mostró siempre unos profundos sentimientos religiosos y alimentaba el ideal de consagrarse al Señor. En 1838 llegó como párroco a su pueblo un joven sacerdote muy celoso llamado Guillermo Douarre. Los misioneros maristas de Oceanía eran ya conocidos a través de sus cartas; una de san Pedro Chanel produjo un gran impacto en el joven sacerdote, que decidió ingresar en la Sociedad de María con la intención de ir también a las misiones lejanas. Con él viajaron a Lyon tres jóvenes parroquianos que alimentaban el mismo celo misionero; uno de ellos es Blas Marmoiton; los otros dos eran Juan Taragnat y Juan Reynaud. Después de hacer el noviciado y la profesión religiosa,



del señor obispo, así como su anillo y la cruz pectoral... El día de Navidad celebraron solemnemente la primera misa sobre tierra caledoniana; los marineros del barco y todos los Maristas cantaron alegres villancicos, añorando las tradiciones de la patria. El 22 de enero la tripulación del barco francés dejó aquellas tierras y los misioneros quedaron solos en aquellos lugares a veinte mil km. de su patria. Ya eran

los cuatro son enviados a las misiones de Oceanía. Pero Guillermo Douarre ha sido nombrado por Roma como Vicario Apostólico de Nueva Caledonia y es consagrado obispo en la catedral de Lyon. En 1843 se embarcaron rumbo a Oceanía; tocaron primeramente las Islas de Tonga donde encontraron a tres misioneros maristas en una situación de pobreza lamentable. Mons. Douarre escribió: *"Hay pobres en Francia, pero no creo que su miseria e indigencia se puedan igualar con lo que han tenido que sufrir nuestros hermanos durante unos cuantos meses. Sin embargo, a pesar de tantos sufrimientos no protestan y están contentos: es porque Dios los consuela interiormente"*. De Tonga se dirigieron a Wallis, donde Mons. Douarre consagró al P. Bataillon como Obispo de Wallis y Futuna. Después siguieron rumbo a su destino, Nueva Caledonia, adonde llegaron el 20 de diciembre de 1843. Lo primero que hizo el obispo fue arrodillarse y consagrar la isla a la Sma. Virgen. Poco después se vieron rodeados de un inmenso gentío, entusiasmados y admirados por aquellos blancos de extraña vestimenta; les atraía especialmente la sotana morada

plenamente conscientes de cuánto tendrían que sufrir para poder sobrevivir; pero habían traído semillas de diversas clases que ahora se disponían a sembrar.

A los pocos meses tuvieron la desgracia de que se les hundió la casa que habían construido: la madera estaba carcomida y todo el conjunto se derrumbó. El Hno. Juan era maestro albañil, así que decidieron construir una casa de material sólido. Poco después llegó otra desgracia: el Hno Blas resbaló al atravesar un torrente y se hizo un corte profundo; siete meses tardó la herida en sanar y dejar al Hno Blas restablecido para el trabajo. La huerta les daba faena abundante y para colmo la sequía vino a complicar toda la situación. Nunca en Francia se habían imaginado una situación de tanta penuria. Monseñor escribió al P. Colin: *Nuestra pobreza es grande, nos faltan cosas de primera necesidad; pero al menos tenemos harina, que nos permite celebrar el santo sacrificio de la Misa, aunque nos falte para hacer pan. Estamos sin zapatos y casi sin ropa, pero contentos. ¡Que todos estos sufrimientos nos ayuden a conquistar las almas que nos han sido confiadas!* ➡

Los nativos, llamados “canacos”, estaban también sufriendo las consecuencias de la sequía y pasaban necesidad. Pensando que aquellos blancos tenían alimentos escondidos, comenzaron a hostigarles. Lo primero fue un intento de envenenamiento con unos pescados que regalaron a los misioneros.



Casa tradicional de los canacos.

Todos cayeron enfermos, pero se repusieron al cabo de unos días. El P. Rougeyron fue atacado por un canaco, pero se defendió bien y no fue herido de gravedad. También empezaron a robarles los pocos productos de la huerta... Poco a poco la escalada de violencia se agravó, llegando a la destrucción de la Misión. El domingo 18 de julio de 1847 era el día señalado para el ataque; dos jefes vinieron en aparente son de paz y comenzaron a parlamentar con los Padres; pero entretanto, un grupo de canacos bien armados atacaron por todos los lados y se abalanzaron sobre el P. Grange y el Hno. Blas; el primero esquivó el golpe, pero el Hno Blas recibió una lanzada en el pecho; la herida era mortal pues la punta de madera se había quedado hundida dentro. Desde la casa alguien disparó un fusil al aire y los canacos huyeron; pero más tarde regresaron y prendieron fuego a un barracón, que ardió enseguida como una tea. Además, para impedir que los misioneros huyeran por mar, les quemaron las dos barcas de la misión. Al día siguiente volvieron con la idea de acabar con todos, prendiendo fuego a la casa donde habitaban; si los misioneros salían serían presa fácil de sus lanzas, flechas o mazas; y si se quedaban, morirían achicharrados. Un marino escocés que estaba con

ellos, tiró por la ventana la llave del almacén para que cogieran los pocos víveres que quedaban. Entretanto, bajando por una trampilla, se escaparon. Pero, ¿y el Hno. Blas? Él había dicho a los demás misioneros: yo voy a morir, sálvense ustedes y no se preocupen de mí. Y salió de la casa en llamas, pero a causa de la fatiga apenas podía caminar; unos muchachos catecúmenos se acercaron y le daban ánimos rezando algunas oraciones; Blas les dijo: No os preocupéis por mí, que pronto estaré en el cielo; id a la misión y coged lo que encontréis; será para vosotros... Cuando los saqueadores se volvían hacia sus casas, uno pasó muy cerca de donde estaba el Hermano y le asestó varios golpes, dejándolo por muerto. Otro, un poco más tarde, le remató cortándole la cabeza. Unos jovencitos enterraron como pudieron el cadáver; pero el jefe mandó desenterrarlo y arrojarlo al mar; y él se quedó con la cabeza como trofeo. Así desapareció de este mundo quien siempre había soñado con una entrega humilde y generosa por la salvación del pueblo de Nueva Caledonia. Tan solo su cabeza quedaba clavada en un poste como un constante recuerdo del crimen y como muda, pero elocuente predicación.

Muerte de Monseñor Guillermo Douarre

¿Cómo siguió la evangelización de Nueva Caledonia? Monseñor Douarre, después de un tiempo en Europa, donde informó de los acontecimientos y la situación de las misiones en Oceanía, regresó a Nueva Caledonia en 1849. Junto con el P. Rougeyron y el Hno Juan se acercó a los lugares conocidos y los nativos salieron a su encuentro. Al reconocerlos, arrojaron al suelo las armas y se acercaron al bote. El jefe del grupo le dijo: **“Nos da vergüenza presentarnos ante ustedes después del mal que les hemos hecho”**. Y, pidiéndoles

perdón, les rogaban que se quedasen con ellos. Al día siguiente fueron a visitar el lugar donde murió el Hno Blas. Habían pasado dos años y los arbustos cubrían el terreno. Monseñor pudo escuchar los testimonios acerca de la muerte del Hermano y rogó a los jefes que le devolvieran la cabeza; se la entregaron el 12 de octubre de 1849. Los misioneros pudieron constatar la perseverancia de los catecúmenos, a pesar de las persecuciones sufridas;



Monseñor estaba emocionado por su valentía y perseverancia, pero no teniendo medios para instalarse otra vez en Balade o Puébo, invitó a los fieles a que se fueran con el P. Rougeyron a Yaté, al sur de la isla. Además, un grupo de 43 catecúmenos fue enviado a Futuna para su formación completa. Monseñor Douarre se retiró a descansar en Sidney, pero regresó a Balade en 1851 y con los misioneros y el grupo que volvió de Futuna, fundó definitivamente la misión de Balade. Ahora las asambleas eran frecuentadas por más fieles. En 1853 se declaró una epidemia en Pueblo y murieron varias personas. Monseñor también empezó a sentirse mal y, pasada la Pascua, se manifestaron más claramente los síntomas de la enfermedad. El 23, domingo, hizo un gran esfuerzo para celebrar la santa misa y, después de la acción de gracias, se retiró a su habitación; la enfermedad avanzaba y al día siguiente estaba medio paralítico. Monseñor recibió los santos sacramentos y murió dos días después, en brazos del P. Rougeyron, su infatigable hermano en los trabajos de la misión. Era el 27 de abril de 1853. Tenía 43 años.

(Entresacado de los escritos del P. Isidro de Roba
sobre las Misiones Maristas de Oceanía)

TAMBIÉN LAS MUJERES SON MISIONERAS

Francisca Perroton pionera de las Hermanas Misioneras Maristas

Estamos en Lyon (Francia) en septiembre de 1843. Francisca Perroton, una señorita ya entrada en años, hojea los *“Anales de la propagación de la Fe”*, la revista que da noticias de las misiones católicas en el mundo; Francisca lee una y otra vez una carta enviada por dos mujeres desde Uvea (Wallis), Oceanía, dirigida *“a los cristianos de Lyon”*. Las dos señoras dicen escribir en nombre de todas las mujeres de Uvea. El tenor de la carta es el siguiente:

“Hemos recibido ya muchas pruebas de vuestra caridad y ahora nos atrevemos a haceros una petición: si de verdad nos amáis, enviadnos algunas mujeres piadosas para instruir a las mujeres de nuestra isla. Es cierto que conocemos la palabra de Dios; nos la han enseñado sus apóstoles, los misioneros. Por ellos conocemos la voluntad de nuestro Padre del cielo; pero no dejamos de pedirlos que nos mandéis unas religiosas que nos instruyan”...

Francisca, al leer estas letras, siente como un rayo que la conmueve interiormente, porque *“sentí que iban dirigidas directamente a mí”*. Pero Francisca no es precisamente una joven veinteañera; ya tiene ya 47 años y ha trabajado como institutriz al servicio de una familia burguesa de Lyon. Ahora esta petición de las mujeres de Uvea le está diciendo: *“Suelta tus amarras y rema mar adentro...hasta Oceanía”*. El ánimo de Francisca es grande pero las dificultades también; ella sabe que las misiones de Oceanía han sido confiadas a los Padres Maristas y, como son tan duras, piensan que no son adecuadas para las mujeres. El P. Julián Eymard, a la sazón provincial de los Maristas de Lyon, la escucha, comprende sus deseos y la anima a seguir su vocación. Pero el viaje será bajo su responsabilidad. Entonces ella, firme en su decisión, habla con el capitán Marceau, el cual la acepta gratuitamente entre los pasajeros de su barco para Oceanía. Por escrito, Francisca le había dicho: *“Mi deseo es estar al servicio de las Misiones por los días de mi vida; y solo usted, señor Marceau, puede concederme los medios para conseguirlo; así que le pido me conceda su protección para un viaje tan largo y tan costoso. Dios proveerá para mi sustento pues no deseo otra cosa que trabajar para su gloria y la salvación de las gentes de Oceanía, por cuyo bien me sacrificaré de todo corazón, si tal es su santa voluntad”*.



Francisca Perroton, primera mujer misionera en Oceanía.



Mujeres de Wallis.

El capitán Marceau, en efecto, la recibió gratuitamente entre los pasajeros del “Arca de la Alianza”. Después de once meses de viaje, Francisca llega a Wallis el 15 de noviembre de 1845. El obispo de la isla, Mons. Bataillon, no quiere recibir a esta mujer sola, pero la intrépida misionera acepta aliviada la protección del rey, el cual asigna enseguida una cabaña para ella y para otras tres mujeres que le confía, entre ellas Amelia, una de sus hijas. Así pasa en Wallis doce años como única mujer europea, adaptándose a la cultura polinesia. Ella que pensaba en abrir una escuela y hete aquí que tiene que compartir las costumbres de una población entera. A su edad no es fácil la adaptación, pero Francisca ama a la gente y está siempre dispuesta para servirles. Aprender la lengua llegaría poco a poco. Pero lo más duro para ella es la sensación de soledad que va minando su ánimo, la falta de comprensión del obispo y las enfermedades que empiezan a presentarse; así que empieza a soñar con volver a Lyon. Providencialmente el barco que toma la deja en Futuna, donde recomienza su tarea educativa y le vuelven las fuerzas para continuar. Y, ¡oh milagro!, en 1858 recibe el gran regalo de la llegada de tres Hermanas más. Así que quedará en Futuna hasta su muerte, acaecida en 1873. El P. Poupinel, enviado a Oceanía como visitador de las Misiones Maristas, describe así la llegada de estas tres misioneras a Futuna:

“Después de desembarcar, tienen que recorrer diez km para llegar a la Misión; el suelo está resbaladizo por causa de las lluvias. De pronto vienen hombres y mujeres con antorchas para escoltar a las Hermanas. Saludan con gritos de júbilo, les estrechan con cariño las manos, les ayudan en los lugares difíciles. Las luces, que se movían como una serpiente luminosa a lo largo del sendero, bajo los árboles, y los gritos agudos que comunicaban a todos los isleños la llegada de las “Mujeres sagradas”, formaban realmente un espectáculo de cuento de hadas”.

En 1861 llega otro grupo de siete mujeres, así que forman entre todas, un hermoso conjunto de once misioneras. Se han sentido llamadas” ***al honor de trabajar por extender el Reino de Jesucristo y a dar a conocer a María, su Madre, hasta las extremidades de la tierra***”. Poco a poco, acogiendo también a mujeres nativas, fueron estableciendo comunidades en Futuna y Wallis, en Samoa y Nueva Caledonia. A todo este primer grupo se le conoce con el nombre de las “Pioneras”. Son ellas el corazón de lo que poco a poco irá evolucionando hasta reconocerse como la **“Congregación de las Hermanas Misioneras de la Sociedad de María”**

Hna. María Susana SMSM, esperanza de los leprosos

Mujer y científica; religiosa marista misionera y científica. Todo es posible en las personas abnegadas y dotadas de una inteligencia especial. Sor Maria Susana es un claro ejemplo y modelo para todo aquel que desea ser fiel a si mismo, a sus ideales y a su vocación.

Alicia Novial nació en París en 1889. El sermón de un padre marista sobre las misiones de Oceanía fue el germen de su vocación religiosa y misionera. A los 17 años ingresó en las Hermanas Misioneras Maristas e hizo su profesión religiosa en 1909, cambiando su nombre civil por el de María Susana, con el cual va a ser conocida desde entonces y con el que pasará a la historia de la comunidad científica mundial. Ese mismo año es destinada a las misiones de Oceanía, concretamente a las Islas Fiji, en medio del inmenso océano Pacífico. Su lugar de trabajo y apostolado durante 23 años va a ser la isla de Makogai, donde se confinaba a los enfermos de lepra. Era la época

en que estos enfermos estaban muy afectados por la enfermedad, con serias mutilaciones y llagas profundas y nauseabundas, esperando una muerte inexorable. Sor Susana tuvo la gracia de ver siempre en ellos el rostro sufriente de Cristo. Desde entonces hasta su muerte, todas sus actividades estuvieron consagradas a aliviar el sufrimiento de los leprosos, con la esperanza de poder curarlos algún día. Desde el comienzo pensó en que se podía atajar esta enfermedad yendo a la raíz, buscando la medicina apropiada para alcanzar la curación.

Empezó a tratar a los enfermos con el aceite de chaulmoogra, extraído de los granos del Hydnocarpus, un árbol originario de la India. Para poder hacer los experimentos y tener más cerca y barato el aceite, el P. Morcel, capellán de la leprosería, hizo una plan-

